

—¿Y si volviésemos allí? Le ayudaría á V., si le hiciese falta mi auxilio.

Estas palabras me revelaban que mi compañero sentía no haber aprovechado una ocasión de pendencia. Me negué secamente.

—¿No quiere V? Pues sea. Además, ¿qué importa una cuchillada más ó menos? Yo he recibido tres y sin embargo me hallo tan bien como antes.

No hice objeción alguna y puse término á sus confidencias preguntándole algunos pormenores acerca de la mina á que nos íbamos acercando.



II

Dentro de la mina

ERA cerca de medio día cuando llegué con Desiderio á la abertura por la cual debíamos penetrar en la mina. Echamos pié á tierra, entregamos los caballos al cuidado de uno de los mineros y nos metimos allá. Desiderio llevaba una antorcha de resina.

Detúveme un instante en el umbral de este inmenso laboratorio del cual habían salido ya tantos millones. Mi guía, con su capa galoneada de oro, que la luz de su antorcha hacía brillar entre los pliegues del terciopelo, representaba con bastante exactitud el genio fastuoso de este reino subterráneo.

Descendimos durante largo rato por una pendiente formada de escalones. En medio de las tinieblas, que solo disipaba á medias la luz de las antorchas, dimos una porción de vueltas y revueltas, cambiando á cada instante de dirección y de temperatura, ya bajando, ya subiendo. Por fin descubrí á lo lejos algunas luces errantes, viendo aparecer después sombras gigantes en las húmedas paredes de la bóveda. Continué

CAPILLA ALFONSO X
MUSEO DE HISTORIA NATURAL

andando y me encontré en una encrucijada que la piedad de los mineros había convertido en capilla. En el centro se alzaba un modesto altar, y algunos cirios ardían ante la imagen de un santo.

En una de las gradas vi arrodillado un hombre que oraba con fervor. Era la primera criatura humana que encontrara desde mi entrada en la mina. Fuentes, tocándome el brazo, dijo:

—Mire V. bien á ese hombre.

Estaba completamente desnudo, y sin la luz de la antorcha que permitía ver su cabellera gris y los pómulos angulosos de su cara, no le hubiese creído en los límites de la vejez; sus fornidos músculos parecían que conservaban todo el vigor de la juventud.

—¿Y qué? pregunté á mi guía.

—Este hombre no es extraño á la historia de la mano cortada, que V. miraba esta mañana con tanta curiosidad, y aun cuando conozco esa historia tan bien como él, acaso le interese á V. más oír la de su boca, pues su hijo está mezclado en ella.

Juzgando que esto podría facilitar el librarme de Fuentes, le indiqué que un oyente solo acaso lograría que aquel hombre fuese más expansivo en sus confidencias.

Tanto se traslucía mi intención que me dijo:

—Ni soy pendenciero ni susceptible, pero me parece que Su Señoría tiene muchos deseos de zafarse de su humilde servidor.

Aunque me apresuré á protestar contra la interpretación dada á mis palabras él en tono burlón replicó:

—Vamos, para dar á V. gusto renunciaré á mi deseo de servirle de guía en estos subterráneos. Es preciso además que yo sepa el secreto de la comedia representada por Planillas sobre el cadáver de su mula. Puede V. visitar la mina sin mí, y cuando salga le contaré lo que haya sabido acerca de aquel tunante. Para que sea completa la excursión de V. debe

salir por la boca del pozo grande, subiendo por medio de la máquina de ascensión.

Tantos deseos tenía de despedir cuanto antes á Fuentes que le ofrecí cuanto quiso, sin reparar en su sonrisa irónica. En esto el minero terminó su rezo; mi guía cambió con él algunas palabras en voz baja, y se alejó rápidamente. Al verle desaparecer respiré, y el otro me dijo:

—Caballero: mi amigo Fuentes me pide que le cuente á V. la historia de mi hijo, orgullo del cuerpo de mineros; tal deseo de V. me honra, pero en estos momentos no puedo complacerle. He de dar fuego á la mina, cuyo hornillo á cabo de cargar: si dentro de dos horas me encuentro todavía en este mundo se lo contaré á V. todo, pues amo á los valientes, cualquiera que sea su nacionalidad.

—¿Y quién le ha dicho á V. que soy valiente?

—¡Diantre! un hombre que á la primera vez que visita una mina tiene deseo de efectuar, según me ha dicho Fuentes, la peligrosa ascensión del tirol... La haremos juntos, y al mismo tiempo contaré á V. la historia. Le doy cita para dentro de dos horas en el fondo de la galería, á la entrada del pozo grande.

Me era imposible retroceder; ofrecí á aquel hombre concurrir con puntualidad y al quedarme solo me aproveché de mi independencia para examinar á mi gusto aquel mundo nuevo. Paseé por todas partes la antorcha que me dejara Desiderio. Sobre mi cabeza había bóvedas de tamaño desigual, sostenidas las unas por sólidos postes, mientras de las otras, más ligeras de base, pendían objetos que semejabán fondos de lámparas góticas, con puntas muy agudas, que amenazaban caérseme encima. A lo largo de varias columnas informes serpenteaban hilos de agua cristalina que á la luz de la antorcha producían colores prismáticos.

Delante de mí se abrían galerías tenebrosas y al-

gunos resplandores las cruzaban de vez en cuando eran mineros, que iban y venían con su mecha encendida, colocada detrás de la oreja, parecidos á los misteriosos guardianes que velan por tesoros escondidos.

Yendo sin guía, adelantaba lentamente en medio de este laberinto. Oí á lo lejos el ruido sordo de los picos al dar contra la roca, mezclado á otros ruidos más vagos que parecían proceder de un piso inferior, y sirvieron para orientarme. Anhelaba llegar al sitio donde se arranca la plata. Por fin penetré en una galería de quinientos á seiscientos pies de longitud por cinco de diámetro, de la cual salía un vapor ardiente cual si fuese la boca de un volcán. La multitud de operarios, harto atareados para reparar en mí, atacaban en su mayor parte la roca viva con sus barras, trabajando muchos de ellos con agua hasta la cintura, otros iban cargados con sacos de mineral, bajo cuyo peso se doblaban sus vigorosos músculos; una porción de velas largas, fijas á la pared, alumbraba la escena. Un ruido atronador de martillazos sobre la roca, de piedras cayendo en el agua, de voces, de gritos agudos, y de esfuerzos que parecían conmover la bóveda; el vapor formando una niebla densa, la luz rojiza de las velas reflejándose en el agua; las vetas metálicas serpenteando como hiedra; todo contribuía á impresionarme en aquel cuadro inolvidable.

Después de contemplarlo un buen rato supliqué á uno de los mineros que me acompañase al lugar de la cita, porque temía extraviarme en aquel dédalo de galerías subterráneas que se cruzaban en todos sentidos, y empezaba á sentir también la necesidad de respirar un aire más puro.

Con el nuevo guía bajé todavía largo rato, y al fin llegué jadeante al extremo de la última galería, que formaba un ángulo con el gran pozo.

Había llegado el primero á la cita. Un obrero, que

parecía vivir olvidado de todo el mundo en medio de estas vastas catacumbas, desempeñaba solo en este sitio una tarea espantosa: no lejos de allí había otro pozo invadido por las aguas, que se iban vaciando lentamente por medio de un pellejo gigantesco suspendido al cable del torno. Cuando este pellejo estaba lleno subía á la superficie de la tierra por medio de invisible máquina situada á mil doscientos pies de elevación; pero, conducido, violentamente en dirección oblicua hacia el eje del gran pozo, este pellejo lleno de agua se hubiese reventado chocando contra la roca, si el obrero no hubiera amortiguado su impulso. En el estrecho espacio que sujetaba los dos pozos, en una oscuridad casi completa, ese hombre sujetaba una doble cuerda que abrazaba el cable cuyas puntas tenía en las manos; después, arrastrado con rapidez vertiginosa á la abertura del abismo, soltaba de repente las puntas de la cuerda, y el pellejo tocaba entonces solo levemente en la pared opuesta; pero un paso mal dado, ó el soltar la cuerda un momento más tarde podía precipitarlo á un abismo sin fondo. Contemplé con dolorosa sensación á ese infeliz que cada cuarto de hora exponía su vida de aquel modo por un escaso salario. Y en medio de aquellas tinieblas y tan lejos de los rumores del mundo parecíame ver en él á uno de esos condenados del infierno de Dante, destinado á efectuar eternamente un trabajo espantoso.

Sentí abatirse mi resolución y ya celebraba que el anciano minero no acudiese á la cita cuando apareció otra vez el cable del torno: casi al mismo tiempo un débil resplandor vino á alumbrar las paredes húmedas del pozo, y una voz no desconocida, dijo:

—Hola, amigo ¿está ahí un caballero extranjero que me aguarda para subir por el tiro?

Respondí y cayó á mis pies un lío. Desató la cuerda que lo sujetaba: contenía el paquete una blusa y

CAPILLA ALFONSO

un pantalón de burda lana, un bastón de cuero y una cuerda de fibras de aloe. Preguntéme azorado si ese pantalón y esa blusa bastarían á amortiguar el golpe en una caída desde mil doscientos pies.

El obrero que trabajaba cerca de mí me indicó el uso de dichos objetos; el vestido de lana era para librarme del agua que, en lluvia menuda caía en ciertos sitios, con la cuerda debía amarrarme al cable, y el bastón de cuero servía para evitar el choque contra las paredes en las oscilaciones del cable.

—Despachemos, que se dispone de poco tiempo, dijo el minero invisible.

Me puse precipitadamente la blusa y el pantalón, atraje hacia mí la punta del cable que se balanceaba en el vacío y monté á caballo en él: pasó el obrero dos veces la trenzada cuerda en torno de mi cuerpo y por debajo de mis muslos, de modo que formase una especie de asiento, ató después fuertemente las dos puntas al cable y me puso el bastón de cuero en la mano.

Inmediatamente me sentí arrebatar por una fuerza invisible, y perdí tierra; di tres ó cuatro vueltas sobre mí mismo, y cuando me recobré del aturdimiento de esta brusca maniobra iba ya suspendido sobre el abismo. Algo encima de mi cabeza ví las piernas de mi guía, que apretaban el cable fuertemente: aunque llevaba una antorcha distinguía muy vagamente su cuerpo de color cobrizo, medio desnudo, y que á veces brillaba como el bronce florentino.

—¿Estoy al menos bien atado? le pregunté, al reparar que no había ningún nudo para impedir el que se escurriese la cuerda que me sujetaba al cable.

—Probablemente, respondió con la calma más completa, á menos que él hubiese tenido alguna distracción: pero le queda á V. el recurso de los puños.

Al oír esto apreté con fuerza sobre humana el recio cable que mis manos apenas podían abarcar.

—¿Y cuánto dura esta ascensión?

—Generalmente unos doce minutos, pero la nuestra durará al menos media hora. Es una atención con usted, á fin de que pueda observar mejor las maravillas que contiene la mina.

—¿Y no ha sucedido en estas ascensiones ninguna desgracia?

—Algunas: la más singular fué la de un inglés á quien no ataron bien: cayó desde una altura inmensa, pero tan calladamente que el compañero que le conducía no advirtió su desaparición hasta llegar á la boca del pozo.

No pregunté más. A cosa de cinco minutos desde que estaba en movimiento me aventuré á mirar encima y debajo: á mis pies una densa oscuridad aumentaba el horror del abismo, cuyo término no descubría la vista; del fondo tenebroso desprendíanse vapores blancos y calientes, que subían y giraban en torno nuestro. La antorcha del guía alumbraba con su luz humeante las paredes verdosas de la roca, surcadas por la punta del pico y desgarradas por los taladros.

En la región superior una columna de densa niebla gravitaba en el círculo semiluminoso en que estábamos, borrando completamente la claridad del día. En este momento paróse el aparato ascensor.

—Este alto se hace por V.: le he ofrecido una historia y ahora tendré ocasión de contársela.

Y el minero, sin aguardar mi respuesta dió principio á la dramática relación que se me quedó grabada en la memoria.

